

ENEC  
ENEC  
ENEC  
ENEC  
ENEC  
ENEC

# Iglesia encarnada

Por P. Bruno Roccaro, sdb.



Entre las ocho opciones prioritarias “que debían marcar las líneas fundamentales del futuro de la Iglesia Cubana (117), señaladas por las Asambleas Diocesanas de la Reflexión Eclesial Cubana (REC), el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) escogió las tres más valoradas: la evangelización, la necesidad de la oración, y la encarnación de la fe y los valores evangélicos en medio de nuestra realidad social (118). Es decir, ser una Iglesia evangelizadora, orante y encarnada. De las tres opciones la que ha suscitado las mayores perplejidades en su aceptación, y por eso quizás la más atentamente reflexionada, pues parecía la más difícil de realizar, ha sido la tercera: ser una Iglesia encarnada en medio de nuestra realidad nacional. De hecho, es la que ha encontrado mayores dificultades y logrado menos frutos.

## **Iglesia encarnada, como fundamento**

Bien decían nuestros Obispos en la Instrucción pastoral con motivo de la promulgación del documento final del ENEC: “El marco en que se desarrolló el ENEC estuvo centrado en lo más cristiano del cristianismo: Jesucristo (Rahner). Jesucristo fue el centro no solo del documento de trabajo y de los trabajos mismos de la Asamblea, sino también de la conciencia de todos los delegados de aquella Asamblea, que antes de hablar de nuestra Iglesia, se arrodilló ante Cristo, con los “ojos fijos en Él” (Lc 4,20).

La Asamblea, presidida por una significativa cruz, se inauguró y se clausuró con una Eucaristía, y ese sacramento ocupó, día tras día, el centro mismo de las sesiones porque nada debe ser para la Iglesia más importante ni más fuerte, ni más seguro que Aquel “bajo cuyos pies Dios lo colocó todo” (Ef. 1,22): Jesús de Nazaret (21). Y Jesús de Nazaret es la “Palabra hecha carne”, “Aquel que no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que, asumiendo nuestra propia naturaleza, se hizo hombre para compartir con el hombre toda su realidad, menos el pecado” (Flp.2,6-7).

“La Iglesia que está en Cuba, en el ENEC manifestó claramente el deseo de asumir la realidad en que vive sin perder su propia identidad (1124). Pues asumiendo esta realidad como servidora, al estilo de Jesús, e inmersa en la situación social que la rodea y de la que forma parte, ejerce su misión profética al mismo tiempo que se purifica y se renueva...”(1125). Sólo así logra ser una ¡Iglesia encarnada!

## **Iglesia encarnada: la que ha suscitado las mayores perplejidades.**

La inquietud estaba bien justificada dada la naturaleza de la sociedad cubana, declarada marxista-leninista, con un ateísmo militante, y decidida a instaurar una sociedad de estructura comunista. ¿Encarnarse implicaría asumir de lleno el sistema socio-económico-político dominante en aquel momento? ¿Cómo insertarse en ella sin perder la propia identidad? ¿Qué acogida, qué espacio de participación se podía encontrar? Sin lugar a dudas preguntas justificadas.

Además, los primeros años de la Revolución, después de un breve período de entusiasta aceptación, fueron marcados por duras confrontaciones, sobre todo la década de los 60. A raíz de la invasión a Playa Girón, y la sucesiva declaración del carácter socialista de la Revolución, se intervinieron todos los colegios católicos, muchos sacerdotes, religiosos, religiosas, se marcharon y otros fueron expulsados. La Iglesia se vio privada de las estructuras sobre las cuales se apoyaban las actividades pastorales. Muchos cubanos abandonaron el país y la mayoría de los que quedaron abandonaron la “práctica de la fe”. Todo eso produjo heridas profundas, aún no sanadas en la época del ENEC. ¿Cómo olvidar eso? ¿Era posible una reconciliación? ¿Qué implicaba encarnarse? Es verdad que “después de las primeras confrontaciones, gracias a diversos factores y en particular al papel reconciliador de la Nunciatura Apostólica y de los Obispos, se había iniciado un proceso de lenta y progresiva distensión en las relaciones Iglesia-Estado. La Iglesia pasó desde una aceptación de la realidad del carácter

socialista de la Revolución, sin antagonizar, hasta la coincidencia en los objetivos fundamentales en el campo de la promoción social: salud pública, enseñanza y el trabajo al alcance de todos, satisfacción de las necesidades básicas” (60). Y, por su parte, el Gobierno Revolucionario había dado signos de reconocimiento hacia la vigencia de los valores defendidos por la Iglesia.

La persistencia del hecho religioso en Cuba, a pesar de todo, era evidente, así como su importancia en América Latina. Pero no todo el pueblo creyente caminaba con el mismo paso y estaba dispuesto a olvidar y abrirse. Con la REC, que involucró en la reflexión a cada comunidad creyente, el católico cubano tomaba conciencia de su valor, de su protagonismo. El anhelo supremo ya no era sobrevivir, sino plantearse “la enorme tarea de repensar y asumir su pasado, reconocer sus errores, transformar sus estructuras pastorales, recreándolas para retomar el camino de su misión evangelizadora”, desde su Patria, desde Cuba; y eso llevó a un progresivo cambio de mentalidad.

### **Cambio de actitud**

De hecho, la REC lleva a la Iglesia Cubana, y a cada católico del país, a tomar conciencia de que ella es “parte del Pueblo de Dios” que peregrina en Cuba; que es una grey pequeña, pero fiel, perseverante a pesar de las dificultades, renovada bajo la acción del Espíritu Santo y con una misión en Cuba. Se percata que la Iglesia está constituida por hombres y mujeres, jóvenes y niños del pueblo que estudian y trabajan, sirven a la nación y participan de las alegrías, de los avances, de las penas y las dificultades que experimenta la colectividad civil, y advierte la exigencia de “disponerse a compartir, de forma solidaria y generosa, todo lo bueno que se construye y se anhela en Cuba” (119), sin perder su propia identidad. Eso es ser “Iglesia encarnada”.

En la REC la Iglesia Cubana, sobre todo los laicos más preparados y sensibles, habían tomado conciencia de que la encarnación es un elemento fundamental de la fe (414), y por ende el cristiano cubano no podía renunciar al “derecho-deber de participar en el desarrollo de su comunidad civil, a la que pertenece en razón de la misma condición humana, de su origen patrio y de su comunión de destino con todo el pueblo” (413). “No puede por lo tanto renunciar a colaborar para mejorar los diferentes proyectos sociales que vayan encaminados al bien común, como tampoco a ejercer su misión crítico-profética frente a las realizaciones históricas concretas” (421). Pero, ¿cómo conciliar estos dos aspectos? En tal sentido y para facilitar la “encarnación”, el ENEC tuvo el valor de señalar tanto lo que la fe cristiana puede aportar a una sociedad socialista, como los aportes de una sociedad socialista a la fe cristiana.



Foto: ManRoVal

Entre los posibles aportes de la fe cristiana a una sociedad socialista, y que fueron destacados en aquel entonces, encontramos: motivaciones superiores y sostenidas para la acción social, el servicio a los necesitados, la lucha por la justicia, el trabajo cotidiano, la austeridad. Un ideal siempre perfectible de hombre con elevado sentido del otro, capaz de perdón, de reconciliación, de diálogo. Un hondo sentido de la vida humana, que sostiene en situaciones límites, confiere esperanza y fuerza para enfrentar las frustraciones, las enfermedades, la muerte. Favorece la práctica de una sana y auténtica moral natural, que abarca todos los aspectos personales: amor, sexo, responsabilidad, familia.

Y entre los posibles aportes de una sociedad socialista a la fe se hacía hincapié en una mayor valoración de la persona humana, superior conciencia de la dimensión social del pecado (injusticias, racismo, etc), una apreciación mejor del trabajo, no solo como factor de producción, sino también como elemento de desarrollo de la persona humana. Además de la necesidad de cambios estructurales, para una mejor distribución de los bienes y propiciar una mayor entrega personal a los demás y ayuda solidaria.

### **¿Diálogo posible entre la fe y la cultura emergente?**

A raíz de estas reflexiones y de la cortés colaboración de las Autoridades Civiles, en la inmediata preparación de la celebración del evento, un soplo de esperanza empezó a sentirse durante el ENEC. Una esperanza que tenía que ver con la posibilidad de hacer posible un diálogo entre la Fe y la cultura emergente, como había sido en el pasado. “La Iglesia consideraba el diálogo con las culturas de nuestro tiempo como un campo vital donde se juega el destino del mundo” (Juan Pablo II, 20.5.1982) (446). Y la Iglesia cubana deseaba estar, también hoy,

**Con la REC, que involucró en la reflexión a cada comunidad creyente, el católico cubano tomaba conciencia de su valor, de su protagonismo. El anhelo supremo ya no era sobrevivir, sino plantearse “la enorme tarea de repensar y asumir su pasado, reconocer sus errores, transformar sus estructuras pastorales, recreándolas para retomar el camino de su misión evangelizadora”, desde su Patria, desde Cuba.**

presente y activa en ese diálogo entre la fe cristiana y la cultura cubana. Lo deseaba para ser fiel a su misión de iluminar la vida de su pueblo, como lo había hecho desde los mismos albores de su nacionalidad. Deseaba hacerlo, además, para ser fiel a su vocación evangélica de encarnación en el contexto en que vive (447).

Pero la dificultad permanecía. La tradicional cultura cubana, similar al resto de América Latina en muchos elementos, había conocido, después de la revolución, un radical cambio en el panorama socio-económico-político del país (460). La filosofía marxista-leninista era el pensamiento oficial del único Partido político y del Gobierno. La educación, los medios de comunicación social y los organismos rectores de la cultura, que dependían totalmente del Estado, iban formando a las nuevas generaciones de cubanos en la concepción marxista de la religión, del hombre, de la historia, en fin, de la globalidad de la existencia, cuyos valores eran, en parte coincidentes, en partes convergentes, y en parte contradictorios con la cultura tradicional (462).

La tarea de la evangelización (de la inculturación de la fe) se presentaba extremadamente delicada, porque se trataba, por un lado, de conservar, purificar y potenciar las huellas del Evangelio ya presentes en el substrato católico de su más auténtica identidad nacional y, por otro lado, asumir proféticamente la nueva realidad cultural, sin esquivar las diferencias de concepciones y actitudes existenciales, ni los conflictos que estas podían originar (465–467).

Al optar por ser “Iglesia encarnada”, la Iglesia cubana ha sido valiente. No ignoraba las dificultades, pero estaba decidida porque “consideraba su deber estar presente y activa en este momento de honda transformación cultural, ansiosa de encontrar los modos y medios más apropiados para instrumentar un diálogo sereno, objetivo, respetuoso, proponiéndose como finalidad llegar a posibles síntesis vitales y alcanzar un mutuo perfeccionamiento, porque “la fe que no se hace cultura, no ha sido completamente acogida, no ha sido totalmente pensada, no ha sido totalmente vivida” (Juan P. II, 16.1.82) (468-470).

### **La animaba en este camino, algunos pasos ya dados y otros se vislumbraban**

Conciente de “que la encarnación era capaz de poner en marcha un proceso dinámico y profundo de transformación de cada hombre y en el corazón de toda la sociedad” (473), la Iglesia había iniciado, siguiendo las indicaciones del Concilio Vaticano II, un proceso de “inculturación” de la Liturgia, escogiendo el camino que parecía más fácil.

La preocupación de “encarnarse” había estimulado también a la vida consagrada para hacerse presente en el mundo del trabajo. De hecho ya existían pocas pero significativas comunidades de religiosos que vivían insertos en la vida del barrio, compartiendo trabajo, preocupaciones, esperanzas y cercanos a la gente. Varias comunidades religiosas, tradicionalmente concentradas en La Habana o en las ciudades principales, habían empezado a descentrarse haciéndose presentes con pequeñas comunidades en los pueblos, pastoralmente más necesitados. Se habían verificado tentativas de diálogo: los seminaristas compartían por un mes el trabajo en el campo con miembros de la UJC; el padre René David había elaborado una “teología de la reconciliación”, creando un ambiente favorable al diálogo.

### **Iglesia encarnada, la opción que encontró mayores obstáculos en el camino y la que ha cosechado menos frutos**

A 20 años del ENEC, la Iglesia cubana ha robustecido ciertamente su vitalidad y espiritualidad (los numerosos grupos de oración, bien animados y organizados, son un signo de ello). También ha desarrollado varios programas de formación laical que han habilitado a los fieles para dar razón de su fe, así como superar el miedo y un cierto complejo de inferioridad, hasta lograr algunas manifestaciones públicas de su fe. Además, ha implementado sólidos Planes Pastorales a nivel nacional que han estimulado una ardua actividad misionera. Todo esto ha hecho surgir un buen número de pequeñas comunidades dinámicas, vivas y participativas. (Cfr. Cielo nuevo y tierra nueva, 30,33).

Pero en cuanto a la auténtica encarnación, a mi parecer, los pasos han sido menos significativos. La primera condición de la encarnación es estar presente en el suelo cubano, en el corazón del pueblo. La Iglesia cubana lo está, se siente parte de este pueblo y continuamente recuerda a sus miembros que somos cubanos, que aquí es donde estamos plantados y tenemos que florecer y fructificar. Pero el éxodo, legal o ilegal, también de creyentes, profesionales y no, incluso de sacerdotes y religiosos, nunca se ha detenido, signo evidente de lo difícil que es vivir encarnados en Cuba.

La participación de los católicos en la vida política, la posibilidad de ser candidatos y miembros de las entidades legislativas, con vistas a ofrecer sus aportes técnico-profesionales, la propia visión del hombre y de la sociedad, han sido prácticamente impedidas por el exigente condicionamiento de la ideología partidista. El campo de la educación queda en un coto absolutamente vedado, completamente en manos del Estado, que dificulta el ensanchamiento de la formación cristiana, aunque se han verificado algunas realizaciones marginales. El acceso a los medios de comunicación, varias veces pedido por las autoridades eclesíásticas, ha sido insignificante.

Los esfuerzos de muchos laicos católicos, deseosos de colaborar para mejorar la calidad de la vida del cubano, insertos en la sociedad, la cultura y la economía, etc, impulsados, además, en estos últimos años por la “opción pastoral de la Iglesia de trabajar para la promoción humana”, no han encontrado el espacio favorable, ni “la aceptación y comprensión adecuadas en algunos responsables de los distintos niveles sociales, ni la viabilidad correcta en las estructuras” (Un cielo nuevo y una tierra nueva, de los COCC, n.33). Los laicos han sido meros ejecutores, no han podido ser creativos.

La Comisión de Cultura Nacional nacida a raíz del ENEC ha extendido su presencia en todas las diócesis. Ha llevado adelante un trabajo encomiable, pero a nivel más bien intraeclesial. De hecho cada diócesis tiene su revista. También algunas parroquias, congregaciones religiosas, sectores pastorales, procuran tener sus publicaciones; pero siempre en el ámbito eclesial. Quien se atreve a tocar aspectos sociales, políticos y económicos, expresando su propio punto de vista, lo hace a riesgo.

A pesar de todo algunas iniciativas han encontrado pequeños espacios para dar su aporte a esta sociedad: pintores, poetas, periodistas, entre otros. Pero no es la colaboración abierta, gozosa y confiada que el ENEC soñaba. El diálogo, a todos los niveles, se redujo a momentos peculiares, sin una significación de valor.

El campo donde la “encarnación” ha dado mayores frutos ha sido el litúrgico, logrando acercar la fe al pueblo. Tengamos presente las siguientes publicaciones: Cuba canta su fe, Los cubanos rezamos a Dios, La Novena de la Caridad con su liturgia y La Misa para los niños. También la introducción de instrumentos musicales cubanos en la Liturgia, la soltura en las celebraciones eucarísticas, los signos que se introducen en celebraciones particulares, así como cierta adecuación del lenguaje a la mentalidad cubana. Pero lo fundamental de la encarnación: su espiritualidad, es aún una meta por alcanzar. Sin embargo, me atrevo a sentenciar: al proceso de “encarnación”, no se puede renunciar, pues sería desistir de lo esencial de la misión salvadora de Jesucristo.